

JOSE LUIS LARRABE

HACIA UNA IGLESIA MISIONERA SEGUN LA «REDEMPTORIS MISSIO» Un comentario teológico y catequético

INTRODUCCIÓN

Sobre la «permanente validez del mandato misionero»

Subrayamos también este subtítulo porque ésta es la intención, éste el contenido de la encíclica a diferencia de lo que ha aparecido —con notable reduccionismo— en determinados medios de comunicación social. Y ya se sabe que en el tema de la misión de la Iglesia las omisiones y los reduccionismos tienen importancia, a veces decisiva.

Una primera nota a destacar es que se trata de «la misión de Cristo Redentor confiada a la Iglesia» [a *toda* la Iglesia] (n. 1). Y que no hay quien quite o reste vigencia imperativa a esa misión evangelizadora: «id, haced discípulos míos en todas partes...»: es así como terminan [diríamos mejor que así comienzan] los evangelios de Mateo y Marcos. Y quién no ha quedado impresionado con el grito de Pablo: ¡ay de mí si no predico el evangelio! (I Cor 9,16). Ese grito, esa puesta en práctica, corresponde a cada bautizado, en cada comunidad cristiana si de verdad es de Cristo.

Esta *ecclesiology* de la misión aparece también a renglón seguido en la encíclica misionera: «en nombre de toda la Iglesia siento imperioso el deber de repetir este grito de San Pablo» (n. 1,2).

El acento lo pone el propio Pontífice subrayando «la urgencia de tal actividad [misionera] (n. 1,2). Las raíces de esta misión son no sólo

cristológicas y eclesiológicas, sino que se hunden en la misma Trinidad: desde allí procede la misión y las misiones: la de Cristo y la del Espíritu Santo sin el cual no hay crecimiento de la Iglesia. Si a esto añadimos la perspectiva conciliar del Vaticano II (en que se sitúa) y la dimensión ecuménica que quiere cultivar de principio a fin, tenemos ya enunciadas las coordenadas de esta encíclica misionera.

Frutos del Concilio Vaticano II

Frutos misioneros todos ellos; y se enuncian con profusión en el n. 2 de forma que no quepa lugar a sospechas...: la multiplicación de Iglesias locales en el mundo entero, la inserción de las comunidades cristianas en la vida de los pueblos; intercambios de toda clase de bienes entre las Iglesias; la labor evangelizadora de los laicos que está cambiando la vida eclesial; el diálogo ecuménico y con otras religiones no cristianas, y la conciencia, «una conciencia nueva de que la misión atañe a todos los cristianos» (2,1).

Pero junto a estas luces conciliares y postconciliares, muchas, hay lagunas y sombras que a renglón seguido se apuntan en la encíclica: «la misión específica *ad gentes* parece que se va parando», dice el Papa; asimismo, como sombra, está el debilitamiento del impulso misionero en la Iglesia», lo cual es interpretado por el Papa como «signo de una crisis de fe» (2,2).

Fin e intención de esta encíclica es «invitar a la Iglesia a un *renovado compromiso misionero* que el Papa subraya desde estos umbrales o prolegómenos de la encíclica (2,3). Y para que el planteamiento y el enfoque sean acertados, dando en el clavo desde un principio, no sólo se pone el dedo en la llaga, sino que se apunta claramente que a grandes males, remedios profundos; y no hay otro remedio que el que aquí se enuncia y proclama: «la renovación de la fe y la vida cristiana» (ibíd.). Y se apuntala esta verdad con una frase lapidaria: «la fe se fortalece dándola» (ibíd.).

Esta evangelización misionera está concebida y ofrecida aquí como *servicio*: «el primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada hombre y a la humanidad entera en el mundo actual» en el que el hombre, aunque posea grandes ciencias y técnicas, parece ignorar *el sentido mismo de su vida* (2,4).

¿Para qué ir a misiones si pueden salvarse todos los hombres de buena voluntad? Parece que esta pregunta subyace en la disminución de misioneros en los tiempos actuales. El Papa quiere disipar dudas y ambigüedades al respecto; y promover así las vocaciones misioneras específicas (a las que el Papa llama *ad gentes* refiriéndose a los que se

van, aunque es necesario este espíritu misionero también en los que se quedan a trabajar aquí revitalizando esta Iglesia añeja...

¿No será mejor dejarlos en su libertad? «El evangelio no resta nada a la libertad humana, al debido respeto a las culturas, a cuanto hay de bueno en cada religión» (3,1).

Hay un dato que acucia al Papa en esta preocupación misionera: lo dice y expresa con preocupación: «el número de los que aún no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia aumenta constantemente» (3,2). Como vemos, el Papa no entra en la cuestión teológica de los cristianos anónimos, ni pone un «por consiguiente» entre la primera y la segunda parte de la frase: no dice: el número de los que aún no conocen a Cristo ni [por consiguiente] forman parte de la Iglesia... Ese «por consiguiente», si se hubiera puesto aquí, supondría o equivaldría a entrar en una cuestión disputada que no viene al caso en una encíclica misionera.

Luego se nos mencionan las nuevas ocasiones, nuevas oportunidades misioneras en el mundo actual que no hay que desperdiciar, comenzando por «la caída de ideologías y sistemas políticos opresores» [más feliz hubiera sido, a nuestro modo de ver, decir: «la caída de *algunas* de las ideologías opresoras, *algunos* de los sistemas políticos opresores... otras ideologías, otros sistemas siguen en pie, «pujantes...»]. Pero el Papa no ha querido hacer una enumeración exhaustiva *aquí*.

El Papa ve con optimismo «afianzarse en los pueblos los valores evangélicos que Jesús encarnó en su vida: paz, justicia, fraternidad, dedicación a los más necesitados» (3,3). Ese cierto «optimismo» se debe también al hecho de que cuando estampó la firma en la encíclica (7 de diciembre de 1990), todavía no había estallado la guerra en el Golfo Pérsico, con repercusiones mundiales. Antes, en y después del estallido, el Papa ha clamado por la paz. Pero también esta «música» de fondo, bélica, hacía verdadera la frase del Papa en la encíclica a renglón seguido, al final de esta introducción: todo esto «apremia a buscar la verdad sobre Dios, sobre el hombre y sobre el sentido de la vida» (3,3).

Dos objetivos bien claros, por consiguiente, al final de esta misma introducción de la encíclica: la nueva evangelización [aquí y ahora] y la misión *ad gentes*:

«Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos» (3,4).

I. JESUCRISTO, ÚNICO SALVADOR

Son ocho los capítulos de esta encíclica después de esta introducción que hemos analizado, Veamos el contenido de este primero y principal: JESUCRISTO, ÚNICO SALVADOR.

En el n. 4 se dice el contenido fundamental de la Iglesia con verbos y expresiones cuidadosamente elegidos, ajenos a toda coacción y hasta proselitismo: «dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo».

Aquí mismo, en este n. 4, están las preguntas más radicales en el tema misional: ¿Es válida aún la misión entre los no cristianos? ¿No ha sido sustituido quizá por el diálogo interreligioso? ¿No es un objetivo suficiente la promoción humana? El respeto de la conciencia y de la libertad ¿no excluye toda propuesta de conversión? ¿No puede uno salvarse en cualquier religión? ¿Para qué, entonces, la misión? Nadie negará, a fuer de realismo, la actualidad de estas preguntas.

Y explica aquí profusamente el Papa, con amplia base bíblica, la verdad fundamental de que Cristo es el único y universal Salvador del mundo [de todos los tiempos] (n. 5). También anteriormente, en discursos suyos sinodales, había dicho Juan Pablo II esta verdad fundamental cristocéntrica: «extra Quem nulla salus». Ahora concluye diciendo:

«Aun cuando no se excluyan mediaciones parciales, de cualquier tipo y orden, éstas, sin embargo, cobran significado y valor únicamente por la mediación de Cristo y no pueden ser entendidas como paralelas y complementarias» (n. 5 y 56).

El n. 6 es desarrollo de la frase de San Juan: «de su plenitud hemos recibido todos» (Jn 1,16) abundando en la identidad del Verbo encarnado con Jesús de Nazaret, identificando el Jesús histórico con el Cristo de la fe (n. 6). Es el Espíritu Santo el que está trabajando para lograr esta adhesión y coherencia de los hombres con Cristo (ibíd.).

La fe en Cristo es una propuesta a la libertad del hombre

La urgencia misionera viene no sólo desde estas razones, válidas, sino también «de la radical novedad de vida, traída por Cristo y vivida por sus discípulos» (n. 7). La misión no es, pues, como un precepto extrínseco, heterónimo, como si nada tuviera que ver con la transformación de la vida de la persona y de la sociedad humana. La salvación es una *vida nueva*, es una oferta de este nuevo estilo o modo de vivir,

una vida comunicada por Dios, asumida libremente y expresada a la manera humana en cualquier raza, cultura o nación.

¡Lejos de todo reduccionismo del hombre a una mera dimensión horizontal, se nos dice en el n. 8! Sino apertura al Absoluto. Esto, todo esto, propuesto en conformidad con *la libertad* de conciencia proclamada por el Vaticano II en la Declaración *Dignitatis humanae*, n. 2.

La fe por su misma naturaleza exige la *libre* adhesión del hombre, pero debe ser *propuesta explícitamente* por voluntad de Cristo a todos los hombres (Mt 28,18). Pero de la misma naturaleza del ser humano nace también la obligación de adherirse a la verdad así conocida y a ordenar toda su vida según las exigencias de la verdad (n. 8 citando D.H. 2).

Bajo el epígrafe «La Iglesia, signo e instrumento de salvación» (n. 9) se nos habla de que la Iglesia es a la vez beneficiaria y colaboradora en la obra de la salvación universal. Y para no perdernos en vacío y ambigüedades, quiere la encíclica mantener unidas estas dos verdades: la posibilidad real de la salvación en Cristo para todos los hombres y la necesidad de la Iglesia en orden a esta misma salvación (9,2).

Salvación «ofrecida»

Mejor verbo no se podía elegir, ya que salva ambas vertientes de lo misionero: necesidad de la propuesta (incluso formal y explícita) y necesidad también del respeto a la libertad de la opción (fundamental, tratándose de la fe) (10,1).

De muchas maneras, frecuentemente, alude la encíclica a la existencia de cristianos explícitos y la existencia también de quienes —sin llegar a esto— son hombres de buena voluntad, atraídos por la única gracia de Cristo, por el Espíritu Santo; no están —por tanto— fuera del ámbito de la salvación (10,2). También en éstos la Iglesia quiere «que se llegue a su plenitud de modo perfecto y definitivo» (12,1). Y más tarde, en el n. 18, se habla de la Iglesia al respecto diciendo que:

«aunque no excluya la obra de Cristo y del Espíritu Santo fuera de los confines visibles de la Iglesia, le confiere un papel específico y necesario» (18,3).

Hacen bien los misioneros, hombres y mujeres de fe, «convencidos de que cada hombre tiene necesidad de Jesucristo, al aceptar la misión *ad gentes*, es decir, la vocación misionera específica (antes se decía que a lejanas tierras) y de por vida. No basta decir: «también aquí estamos en tierra de misión». Así es; pero lo uno no quita lo otro; la vigencia

imperativa del evangelio al decir: «id a todo el mundo...» (11,1) sigue viva.

«Abrirse al amor de Dios es [el comienzo de] la verdadera liberación, aunque ésta hay que concebirla como integral y pascual; «no hay que reducirla a la mera dimensión horizontal», se nos dice en el mismo n. 11,4. La verdadera liberación («*veri nominis*») es la novedad de vida en Cristo, a saber la aceptación y la vivencia plena de la Buena Nueva (ibíd.). Así entendida la misión y las misiones son un *servicio* a los hermanos y respuesta debida a Dios» (ibíd.).

II. EL REINO DE DIOS

Se trata de que «llegue a su plenitud de modo perfecto y definitivo» (12,1); no, pues, haciendo tabla rasa de todo lo anterior: ya que de muchas maneras Dios venía hablando y el Espíritu atrayendo y trabajando como preparación a este Reino explícito de Dios.

Cristo hace presente el Reino, es decir, Jesús en persona es la Buena Nueva; existe en Cristo plena identidad entre mensaje y mensajero, entre el decir, actuar y ser. La realidad escatológica no se aplaza hasta el fin remoto del mundo; no se puede decir ya «todo está por venir», sino que, a raíz de Cristo, estamos en el *ya pero todavía no*. Bien entendido que muchos, la inmensa mayoría, no conocen siquiera el *ya* de la salvación y liberación en Cristo. También este dato acucia a la misión y a las misiones (13,1-2).

Dedica la encíclica todo el n. 14 (y muchos más) a demostrar que la liberación no es sólo de unos aspectos parciales y reducidos del hombre, sino que hay que concebirla como integral y pascual como el Reino de Dios cuya naturaleza es la comunión de todos los seres humanos entre sí y con Dios (15,1 y 17,1).

[También] la resurrección de Cristo confiere un alcance universal al mensaje de Cristo en coherencia con su doctrina e intención y con el envío del Espíritu (16,1).

¿*Qué relación hay entre Iglesia y Reino de Dios?* Todos sabemos y hasta experimentamos en propia carne que no es una adecuación perfecta: la Iglesia es también pecadora; pero al mismo tiempo no hay que considerar como totalmente distinta y distante del Reino: hay que concebirla en tensión hacia la asimilación e irradiación del Reino de Dios en este mundo hasta que Él vuelva (es lo que el Papa trata de explicarnos una y otra vez en los párrafos del largo n. 17):

«Ahora bien: no es éste el Reino de Dios que conocemos por la Revelación, el cual no puede ser separado ni de Cristo ni de la Iglesia» (18,1).

1. El Reino de Dios consiste fundamentalmente en *una persona*: la de Cristo: «tiene el rostro y el nombre de Jesús de Nazaret, imagen del Dios invisible», se nos dice citando GS 22.

2. «Asimismo el Reino no puede ser separado de la Iglesia. Ciertamente ésta no es fin para sí misma, ya que está ordenada al Reino de Dios, del cual es germen, signo e instrumento... El Espíritu Santo mora en ella... aunque no excluya la obra de Cristo y del Espíritu Santo fuera de los confines visibles de la Iglesia, le confiere un papel específico y necesario» (n. 18,3 al final).

Nuevamente (en el n. 19) la encíclica quiere unir promoción y evangelización; una promoción «sin separar ni contraponer a los otros cometidos fundamentales, como son el anuncio [explícito] de Cristo y de su Evangelio, la fundación y el desarrollo de las comunidades que actúan entre los hombres, la imagen viva del Reino». Y para salir de la acusación del «eclesiocentrismo», se afirma una y otra vez que «la Iglesia no es fin para sí misma, sino fervientemente solícita de ser toda de Cristo, en Cristo y para Cristo, y toda igualmente de los hombres, entre los hombres y para los hombres» (19, al final, citando a Pablo VI en su Discurso de apertura de la III Sesión del Vaticano II).

Y no nos parece una repetición innecesaria, sino muy de agradecer el que se nos diga a continuación:

«Es verdad, pues, que la realidad incipiente del Reino puede hallarse también fuera de los confines de la Iglesia, en la humanidad entera, siempre que ésta viva los "valores evangélicos" y esté abierta a la acción del Espíritu que sopla donde y como quiere: Jn 3,8» (20,3).

Ya los Sínodos postconciliares habían dicho que la promoción y liberación eran necesarias bien como prelude de la evangelización propiamente dicha, como constitutivo interno, o efecto de la misma. Así es. Ahora se nos recuerda nuevamente que

«... la dimensión temporal del Reino es incompleta, si no está en coordinación con el Reino de Cristo, presente en la Iglesia y en tensión hacia la plenitud escatológica» (20,3, citando «Evangelii nuntiandi» 28).

III. EL ESPÍRITU SANTO, PROTAGONISTA DE LA MISIÓN

La intención explícita de esta encíclica resplandece aquí, en el párrafo segundo del n. 21: «su obra [la del Espíritu Santo] resplandece de modo eminente en la misión *ad gentes* (la encíclica entiende por tal la vocación misionera específica ¿de por vida? a lejanas tierras, de misión).

Es espléndida la fundamentación bíblica neotestamentaria que se ofrece a partir del n. 22 al respecto: «id a todas las gentes (Mt 28,18-20; cf. Mc 16,15-18; Lc 24,46-49; Jn 20,21-23); «por todo el mundo... a toda la creación» (Mc 16,15); «a todas las naciones» (Act 1,8).

«En Mateo el acento misional está puesto en la fundación de la Iglesia y en su enseñanza (Mt 28,19-20; 16,18); en Lucas la misión se presenta como testimonio (cf. Lc 24,48; Hch 1,8). Juan es el que habla explícitamente de la misión como mandato, palabra que equivale a misión: «Como el Padre me envió, también yo os envió» (Jn 20,21). Termina la encíclica esta parte diciendo que «se es misionero ante todo *por lo que se es*, en cuanto Iglesia que vive profundamente la unidad en el amor, antes de serlo *por lo que se dice o lo que se hace*» (23,3).

¿Pluralismo en la misión?

De alguna forma sí, ya que «los cuatro evangelios, en la unidad fundamental de la misma misión, testimonian un cierto pluralismo que refleja experiencias y situaciones diversas en las primeras comunidades cristianas...; también porque hay diversidad de carismas misioneros y distintas condiciones ambientales» (n. 23 al final).

La libertad y la parresía o valentía de los misioneros es fundamental y se habla de ella en el n. 24 bajo el lema «El Espíritu guía la misión». Nos agrada leer en la encíclica lo que tantas veces habíamos pronunciado de palabra y por escrito: que «desde aquel momento la Iglesia abre sus puertas y se convierte en la casa donde todos pueden entrar y sentirse a gusto, conservando la propia cultura y las propias tradiciones, siempre —claro está— que no estén en contraste con el Evangelio» (n. 24 al final).

La *inculturación* es enunciada en la encíclica y apoyada desde textos neotestamentarios, concluyendo —después de citarlos con profusión—: «Son discursos que ofrecen un ejemplo de inculturación del Evangelio» (25,1).

La misión tiende a *hacer comunidades* (n. 26) como las primeras comunidades en las que reinaba la alegría y la sencillez de corazón (Act 2,46). Así, pues, los misioneros no son francotiradores, sino que

salen de comunidades y van a hacer comunidades cristianas, en comunión unas con otras: en la Iglesia, en Iglesia.

También nos ha servido de motivo de alegría encontrarnos con el contenido del n. 28 de que el Espíritu Santo actúa no sólo en el campo explícito de la Iglesia, sino «incluso en las iniciativas religiosas, en los esfuerzos de la actividad humana encaminados a la verdad, al bien y a Dios» (donde se nos cita la encíclica «Dominum et vivificantem» 53), manifestando también su fe de que «el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma que sólo Dios conoce, se asocien a este misterio pascual» (28,2), citando a GS 10,15,22).

Pero una cosa es conceder valor salvífico a todo esto y otra considerarlo como plenitud y perfección de la obra del Espíritu: antes bien «todo lo que el Espíritu obra en los hombres y en la historia de los pueblos, así como en las culturas y religiones tiene el papel de preparación evangélica» (n. 29 citando a LG 16). La acción universal del Espíritu hay que verla en unión de la acción que despliega en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia (29,2).

Antes de terminar este capítulo III, el Papa demuestra su preocupación al decir que «la actividad misionera está aún en sus comienzos» (n. 30), lo cual hay que entenderlo no en términos pesimistas, sino de afán misionero.

IV. LOS INMENSOS HORIZONTES DE LA MISIÓN «AD GENTES»

Propósito de este capítulo es animar a los misioneros a que se lancen a tierras lejanas, a países de misión: a eso llama el Papa misión *ad gentes*: «se trata, dice, de una actividad primaria de la Iglesia y nunca concluida, incluso le parece incipiente, estamos en la primavera de la era misionera, repite aquí y allá en la encíclica.

Todo esto hay que hacerlo simultaneando con la *reevangelización*, necesaria en áreas de antigua cristiandad (32,2). Pero no hay que contentarse quedándose en casa so pretexto de que también aquí hay que evangelizar. El Papa pide misioneros *ad gentes* de *por vida*, por vocación específica (32 al final).

Tres situaciones en relación con la misión

1. Allí donde faltan *comunidades cristianas* suficientemente maduras como para poder encarnar la fe en el propio ambiente y anunciarla a otros grupos. Esta es propiamente la misión *ad gentes* (lo que llamábamos territorios de misión propiamente tales) (n. 33).

Antes de pasar adelante nos alegramos de que se dé ahora como definición de misión ésta, a diferencia de la anterior en que se los describía como tales allí donde no estaba constituida la *jerarquía* eclesial ordinaria (cc. 198, 215, 293 ss.).

2. «Hay también comunidades cristianas con estructuras eclesiales adecuadas y sólidas» (así las describe la encíclica): [¿dónde se dan con esas características tan vivas y vitales como ahí se describen a continuación?].

3. La tercera hipótesis es la de «una situación intermedia, especialmente en los países de antigua cristiandad... donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia» (33,4).

A la nueva evangelización la llama misión *ad intra*; a la misión *ad gentes, ad extra* (n. 34). Y las ve íntimamente relacionadas, con interacción beneficiosa entre sí.

Causa escalofrío leer el capítulo de las dificultades para llevar adelante esta misión, dificultades no sólo externas, sino también y sobre todo las internas a la Iglesia misma: entre ellas: la falta de fe, de ilusión, la falta de vocaciones al apostolado, concepciones teológicas no correctas con relativismos religiosos que terminan por pensar que «una religión vale la otra», etc. (nn. 35-36).

Misión y jóvenes

Todo el n. 37, el más largo, se puede sintetizar con una pregunta vibrante y acuciante escrita e inscrita en el corazón de esta encíclica: «¿Cómo hacer llegar el mensaje de Cristo a los jóvenes no cristianos, que son el futuro de continentes enteros?» Los emigrantes, refugiados, pobres, etc., encuentran eco en la preocupación misionera de esta encíclica en este mismo n. 37 (y otros). Finalmente se trata aquí de áreas culturales y «areópagos» desde el prisma de la misión.

Medios de comunicación

A nadie le extrañará la importancia —para bien o para mal— que se atribuye a los medios de comunicación en esta encíclica misional (n. 37 c). Y a la ruptura entre Evangelio y cultura a que tan poderosamente, decisivamente, influyen no pocos medios de comunicación. Y no termina este número sin mostrar y extender esta preocupación misional por la política, la economía y otras áreas importantes y vitales.

Las sombras y luces de la fenomenología y antropología actual, del

hombre de nuestro tiempo, de un mundo mitad maravilloso, mitad dramático, se estudian en el n. 38.

Fidelidad a Cristo y promoción de la libertad del hombre

Con una frase desarrolla el primer punto: «que la Iglesia camine por el mismo sendero que Cristo» (39,1). Y no quiere entrar el Papa en el tema de religión de mayoría o minoría, sino que éste es un derecho inalienable de toda persona humana (ibíd.).

Con el grito de que «la misión *ad gentes* está todavía en los comienzos» termina este capítulo IV y este número 40.

V. LOS CAMINOS DE LA MISIÓN

La actividad misionera es epifanía de la voluntad salvífica de Dios (n. 41). Para ello hay que comenzar por el testimonio (n. 42) citando la encíclica *Evangelii nuntiandi* 41. El mundo actual quiere modelos de referencia más que teorías y doctrina.

Testimonio ¿de quiénes? Del propio misionero, de las familias, de las comunidades cristianas. Viviendo con la libertad de Cristo, inserto en el mundo o ambiente concreto, tomando posiciones valientes y proféticas ante la corrupción del poder y de la economía (n. 43).

El primer anuncio de Cristo Salvador

Por mucha importancia que se merece y se le da en la encíclica a la reevangelización, a la nueva evangelización, esto no es a costa de menugar un solo ápice a la misión *ad gentes*. Este primer anuncio tiende a despertar la fe, la conversión y la vida cristiana en comunidades nuevas y frescas de misión (n. 44,1-2).

Este primer anuncio de Cristo Salvador tiene que llevar muy pronto a la «plena y auténtica liberación del mal, del pecado y de la muerte» (44,3). Y ¿liberación de la injusticia? Juan Pablo II la considera la injusticia como fruto y resultado del pecado [personal].

Dos condiciones para llevarla a praxis: la primera es que hay que llevarla a cabo «con actitud de amor y de estima hacia quien escucha»; y además «con un lenguaje concreto y adaptado a las circunstancias» (44 al final).

Nos parece una traducción equivocada la que dice «el anuncio nunca es un hecho personal»; quiere decir que no es un acto individualista o de francotirador, sino que «al hacerse en unión con toda la comunidad eclesial, el anuncio nunca es un hecho puramente individual (cf. n. 45).

Conversión y bautismo

Como frutos de *la fe*, son los resultados de ese primer anuncio de Cristo Salvador; anuncio que hay que hacer plenamente, no sesgando y amputando aspectos fundamentales de la liberación y salvación del hombre (n. 46). Se nos da una buena teología del bautismo como incorporación a Cristo y a la Iglesia y con un buen catecumenado previo (n. 47).

Y comunidades cristianas

Tal como nos dijo el Concilio Vaticano II (LG 9 y, concretamente, en AG 2). Es más: la misión *ad gentes* tiene este objetivo: «formar comunidades cristianas» vivas y operantes, y «hacer crecer las Iglesias hasta su completa madurez» (n. 48,2). De esta «plantatio Ecclesiae» nos habla la carta pontificia en el n. 49: «plantar una Iglesia evangelizada y evangelizadora» (ibíd.).

El Pontífice quiere —cómo no— «las fuerzas misioneras provenientes de otras Iglesias y países debiendo actuar en comunión con las Iglesias locales para el desarrollo de la comunidad cristiana» (y no entró el Papa en más disquisiciones al respecto).

Preocupado se muestra el Papa a favor del ecumenismo (si no estamos unidos ¿qué testimonio misionero de fe y caridad damos?) y preocupadísimo por la confusión de las sectas a cuyo discernimiento hemos de estar atentos (n. 50).

Las comunidades eclesiales de base, fuerza evangelizadora

Quien lea libre y desapasionadamente (si es que se puede llegar a «esta» lectura), recibirá de la pluma y boca del Papa un gran elogio de éstas como fuerza evangelizadora que pueden ser. Y nadie se extrañará de la condición expresada ya en la «*Evangelii nuntiandi*» (n. 58) por Pablo VI: «Cada comunidad debe vivir unida a la Iglesia particular y universal, en sincera comunión con los Pastores y el Magisterio, comprometida en la irradiación misionera y evitando toda forma de cerrazón y de instrumentalización ideológica» (*Redemptoris missio*, n. 51).

La inculturación

Nos ha sorprendido gratamente el hecho de que la inculturación sea incluida en la «plantatio Ecclesiae», allí donde antaño se entendía que territorio de misión es hasta la plantación de la jerarquía eclesiástica

normal (cf. n. 52). No se trata, pues, de una mera adaptación externa, sino que se requiere una verdadera *inculturación* que:

«... significa una íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante su integración en el cristianismo y la radicación del cristianismo en las diversas culturas» (n. 52,2 citando Sínodo 1985, Relación final II, C,6).

Inculturación que deben promover los misioneros provenientes de otras Iglesias y países (n. 53). También la liturgia de las nuevas comunidades puede y debe asumir esta inculturación para sus expresiones, siempre en comunión con el Evangelio y la Iglesia universal, así como con las demás Iglesias particulares «sin olvidar los peligros de alteraciones que a veces se han verificado», termina diciendo este apartado de la encíclica misional que comentamos (n. 53 al final).

Inculturación y liturgia: esta tarea se ha de hacer en comunión con el Evangelio y la Iglesia universal, ha dicho y hemos dicho; pero además teniendo en cuenta una cierta gradualidad y con participación del pueblo, del *sensus fidei* del pueblo, no sólo por la jerarquía o sólo por teólogos (por muy eruditos que sean, se nos dice al final del n. 54).

¿Fuera de la Iglesia no hay salvación?

Como ya lo hemos sugerido anteriormente, el pensamiento y la doctrina de Juan Pablo II al respecto se formula en una frase suya en el interior de esta encíclica misional; dice así: «La Iglesia es el camino ordinario de salvación» y «que sólo ella posee la plenitud de los medios de salvación» (n. 55, citando al Vaticano II: UR 3 y AG 7).

¿Y el diálogo con otras religiones? Forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia: «Entendido como método y enriquecimiento recíproco, no está en contraposición con la misión *ad gentes*» (n. 55 al comienzo). En todo caso la salvación viene de Cristo y el diálogo no dispensa de la evangelización, como había dicho ya el Concilio en AG 11.41 y Pablo VI en la encíclica «*Ecclesiam suam*».

También nos llena de satisfacción la frase de Juan Pablo II: «El hecho de que los seguidores de otras religiones puedan recibir la gracia de Dios y ser salvados por Cristo independientemente de los medios ordinarios que Él ha establecido, no quita a la llamada a la fe y al bautismo que Dios quiere para todos los pueblos» (n. 55), citándose en otras intervenciones tuyas (cf. nota 100).

Pero: anuncio de Cristo y diálogo interreligioso no deben ser confundidos ni instrumentalizados, ni tampoco considerados equivalentes, «como si fueran intercambiables» (55,2 al final). «El diálogo es un ca-

mino para el Reino y seguramente dará sus frutos, aunque los tiempos y momentos los tiene fijados el Padre (Act. 1,7)» (n. 57 al final).

Promover el desarrollo ciertamente, educando conciencias y ofreciendo la evangelización propiamente dicha son las grandes preocupaciones del Papa en el n. 58 de esta encíclica: ofrecemos a los pueblos no un «tener más», sino un «ser más». Juan Pablo II siempre une la liberación con la conversión del corazón; así cuando se nos dice aquí que «con la fuerza del mensaje evangélico la Iglesia ofrece una fuerza liberadora y promotora de desarrollo, precisamente porque lleva a la conversión del corazón y de la mentalidad; ayuda a reconocer la dignidad de cada persona, dispone a la solidaridad...» (n. 59,1). Y siempre pone —lógicamente— alguna precisión al respecto: «pero un desarrollo sin alma no puede bastar al hombre» (59,2). Y finalmente cuando dice que se trata de «un desarrollo integral, abierto al Absoluto» (ibíd. al final).

Termina este capítulo, denso y hermoso, exhortando a la «caridad, fuente y criterio de misión»: «Por eso, exhorto a todos los discípulos de Cristo... a hacer una sincera revisión de la propia vida en el sentido de la solidaridad con los pobres» (60,3).

VI. RESPONSABLES Y AGENTES DE LA PASTORAL MISIONERA

Se comienza este capítulo con una afirmación lapidaria y obvia: «No se da testimonio sin testigos, como no existe misión sin misioneros» (n. 61). Y se nos da el ejemplo de las primeras comunidades: «La Iglesia primitiva vive la misión como tarea comunitaria, aun reconociendo en su seno a enviados especiales o misioneros consagrados a los gentiles, como lo son Pablo y Bernabé» (61,3).

Y hay que enviar sacerdotes misioneros «aunque se sufra escasez de clero» (62,1, citando el Vaticano II: AG 20). De arriba abajo describe luego la encíclica «los primeros responsables de la actividad misionera» comenzando desde el Papa, «misionero», pasando revista en este sentido a Obispos y comunidades cristianas todas ellas (nn. 63-68), clamando para «la mejor distribución del clero en el mundo» (64,2), haciendo también una llamada para «favorecer el incremento de las vocaciones misioneras» (64,3).

Todo discípulo de Cristo há de ser misionero, pero Él sigue llamando a algunos de por vida y con total dedicación a la misión *ad gentes* (n. 65). Y «todos los Institutos religiosos han nacido por la Iglesia y para ella» con referencia especial a la misión y a las misiones (66,1-2). El Papa les dice que prefieran, con espíritu de fe, obediencia y comunión

con los propios Pastores; *los lugares más humildes y difíciles*» (66 al final). Y a los *sacerdotes diocesanos* que estén dispuestos a ir a lejanas tierras en misión *ad gentes* (n. 67). Aunque sea *ad tempus* (n. 68). Y a los Institutos de vida consagrada (n. 69): hay que establecer comunidades de vida contemplativa en países de misión (n. 69, a). Y a los de vida activa hace el Papa la misma invitación encarecida hacia misiones (ibíd., b). Elogio fervoroso el del Papa a las religiosas en misiones (en el n. 70).

Todos los laicos son misioneros en virtud del bautismo, que queda revalorizado en este documento papal (n. 71), señalándoles el Papa como campos suyos específicos la política, lo social, la economía... para que puedan impregnarlos del espíritu evangélico de las bienaventuranzas (n. 72). Por fin, ¡cómo no aprovechar en misiones la obra ingente de los catequistas con la variedad de ministerios según el canon 785,1 (al que alude el Papa en este punto) (n. 73)! Eso sí, exigiendo una preparación doctrinal y pedagógica más cuidada y la constante renovación espiritual y apostólica (ibíd.). Otros muchos ministerios son objeto de elogio en esta carta misional: animadores de oración, de canto, de liturgia, responsables de comunidades de base, etc. (n. 74): todo esto ha de ser promovido y coordinado por un Dicasterio Romano, el de la evangelización de los pueblos en una eclesiología de comunión con los Obispos (n. 75) y Conferencias Episcopales (n. 76).

VII. LA COOPERACIÓN EN LA ACTIVIDAD MISIONERA

«Miembros de la Iglesia en virtud del bautismo, todos los cristianos son corresponsables de la actividad misionera», se nos dice al principio mismo de este capítulo VII (n. 77). ¿A quiénes se refiere más exactamente: a las personas, a las comunidades? A unas y otras. A los cristianos en comunidades y a éstas como tales: «La participación de las comunidades y de cada fiel...» (ibíd.). ¿Es un derecho o un deber? Ambas cosas, como anverso y reverso de una misma realidad (de fe) (ibíd.).

¿Cómo? Ante todo «con la unión personal con Cristo». Lo primero y principal no son, pues, «algunas actividades particulares», sino que «es signo de la madurez de la fe y de una vida cristiana que produce frutos» (77,3).

Como respuesta al *cómo* vienen ahora a la mente, y a la lectura, los modos y maneras que desde niños habíamos oído y que mantienen validez: la «oración y sacrificios por los misioneros» se nos dice como

epígrafe del n. 78, metiéndose muy pronto en el «testimonio de vida cristiana» como forma especialísima e ineludible de cooperación misionera (que de esto trata todo el capítulo VII).

Promover las vocaciones misioneras

El Papa estudia este tema con base bíblica, comenzando por Is 6,8: «heme aquí, estoy dispuesto, envíame». Para el Papa la promoción de estas vocaciones es el corazón de la cooperación (n. 79). A muchos ha parecido sorprendente la pregunta «¿por qué en varias naciones, mientras aumentan los donativos, se corre el peligro de que desaparezcan las vocaciones misioneras, las cuales reflejan la verdadera dimensión de la entrega a los hermanos?» (ibíd., al final). Y añade:

«Las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada son un signo seguro de la vitalidad de una Iglesia.»

Y en el n. 80 exhorta a los *jóvenes* y a sus padres a ser generosos en este punto, fundamental. Y ahora sí, sólo ahora, exhorta también a la generosidad económica bajo el epígrafe «mayor felicidad en dar que en recibir», citando Act 20,35) (n. 81). Expresiva y lapidaria también la frase de la encíclica en este punto, al decirnos que: «La Iglesia misionera da lo que recibe; distribuye a los pobres lo que sus hijos más pudientes en recursos materiales ponen generosamente a su disposición» (ibíd.).

Nuevas formas de cooperación misionera

Son las que se estudian, mejor dicho, se sugieren nada más, a partir del n. 82: el turismo, las visitas de los jóvenes a países de misión, las estancias de jóvenes de países de misión en zonas de vieja cristiandad por razones de estudio, emigración e inmigración; esta importancia de la prensa y medios audiovisuales en la «animación y formación del pueblo de Dios se estudia en el n. 83; y la «responsabilidad primaria de las Obras Misionales Pontificias» (n. 84) bajo la consigna: «Todas las Iglesias para la conversión de todo el mundo» (ibíd.). «No sólo dar a la misión, sino también recibir» es consigna que preside el n. 85. Consigna de recibir que vale también para las Iglesias jóvenes de países de misión que han de saber acoger a los misioneros de otras Iglesias, de otros países, so pena de cerrarse y encerrarse en sí mismas (n. 85).

Conclusión: La de que Dios prepara una nueva primavera del Evangelio (n. 86, final de este capítulo VII). Por nuestra parte decimos que ojalá sean verdad los signos de esta primavera que de forma optimista apunta el Papa aquí:

«Hoy se manifiesta una nueva convergencia de los pueblos hacia estos valores: el rechazo de la violencia y de la guerra; el respeto de la persona humana y de sus derechos; el deseo de libertad, de justicia y fraternidad; la tendencia a superar los racismos y nacionalismos; el afianzamiento de la dignidad y la valoración de la mujer» (n. 86,1).

¿Qué comentario hacer a este párrafo de la encíclica? Una palabra: Amén. Y otras dos: «ora et labora» por esta justicia y esta paz, ambas cosas, y por este orden, como decía Pío XII: «opus iustitiae pax».

VIII. ESPIRITUALIDAD MISIONERA

«La actividad misionera exige una espiritualidad específica, que concierne particularmente a quienes Dios ha llamado a ser misioneros» (pero no sólo a ellos) (nn. 87-91).

El primero de los rasgos de esta espiritualidad es «dejarse guiar por el Espíritu» (87,2), con fortaleza y discernimiento: dos características fundamentales en lo que a la misión y a las misiones se refiere. También con libertad y valentía de espíritu en el Espíritu. Viviendo al estilo de aquel que fue el enviado, Cristo Jesús (n. 88), en comunión íntima con Él, tratando de asimilar sus sentimientos (Filipenses 2): «Cristo lo espera en el corazón de cada hombre», se nos dice al final de este n. 88).

De ahí se saca la consecuencia, lógica, de que el misionero ha de amar a la Iglesia y a los hombres como Jesús los ha amado» (n. 89), como capaces de salvación, y como posibles cooperadores en esta obra de la salvación universal, lejos de todo particularismo cerrado.

Y amar a la Iglesia «como Cristo la amó y se entregó por ella» (Efesios 5,25): «Para todo misionero y toda comunidad, la fidelidad a Cristo no puede separarse de la fidelidad a la Iglesia», como había dicho el Concilio Vaticano II (PO 14) y dice ahora esta encíclica (n. 89 al final).